

EN LA CRESTA DE LA OLA

William Finnegan descubrió el surf en la década de los sesenta y recorrió el mundo persiguiendo un verano sin fin. Con el paso de los años se convirtió en uno de los periodistas de guerra más aclamados de los Estados Unidos, y acaba de ganar el Premio Pulitzer gracias a una autobiografía marcada por las olas, la rebeldía y los viajes iniciáticos

TEXTO DAVID MOREU FOTOGRAFÍAS JORDI PLAY

LOS REPORTAJES DE William Finnegan (Nueva York, 1952) ofrecen una mirada implacable de los temas de actualidad, desde las guerras y el narcotráfico hasta los conflictos raciales. Ahora se ha convertido en una estrella de la literatura con la autobiografía *Años salvajes*, donde reflexiona sobre su experiencia como surfista y la influencia de las olas en su manera de ver el mundo.

Se ha labrado una gran reputación como periodista especializado en conflictos internacionales. ¿Cuándo decidió cambiar el punto de vista y escribir su biografía como surfista?

No fue una decisión repentina, sino que tuve la idea hace mucho tiempo y he necesitado veinte años para completarla. He compaginado la escritura del libro con otros proyectos periodísticos, y en ningún caso ha sido dedicación exclusiva. A veces me tomaba un descanso del trabajo e intentaba centrarme en la autobiografía, pero acababa cansado de hablar sobre mí mismo porque tenía la sensación de que había otras historias más importantes que contar, como crisis humanitarias y conflictos bélicos. Es importante publicar esos temas porque la información resulta esencial, y sentía que estaba descuidando el trabajo serio para hacer esta historia autoindulgente sobre mi pasatiempo.

¿Cuál fue el verdadero reto a la hora de escribir un libro tan personal como *Años salvajes*? Supongo que los recuerdos acaban siendo menos fiables de lo

que creíamos...

No nos damos cuenta de que modificamos las historias personales que contamos y, al revisarlas bajo un prisma periodístico, resulta imposible corroborar todos los hechos. Entonces debes preguntar a otra gente para conocer su visión de las cosas y bucear en tu pasado. Para los periodistas, la parte más extraña de escribir una autobiografía es hablar públicamente sobre nuestra vida privada. Debes tomar muchas decisiones a la hora de incluir algo que sabes que mejorará la historia, pero que puede traicionar a alguien. Pedí permiso para añadir cosas que creía que no gustarían y mucha gente me sorprendió aceptando. En otros casos decidí contar anécdotas que creía que eran respetuosas y me pidieron que las borrara porque, seguramente, habían contado una versión distinta a sus hijos.

Le propongo viajar en el tiempo para comentar algunos momentos y lugares importantes de su biografía. ¿Qué importancia tuvo el surf en California a finales de la década de los sesenta?

Por su propia naturaleza, el surf es algo improductivo, casi una oposición al trabajo, y esta faceta ha estado presente desde sus orígenes en Hawái. Empecé a coger olas a mediados de los años sesenta; mis padres nunca se opusieron a mi afición y viví de lleno el momento de cambio hacia la rebeldía de finales de esa década. Entonces hubo una revolución en el diseño de las tablas, los surfistas querían evitar el reclutamiento para la guerra de Vietnam y ►

“CRECÍ EN UN BARRIO DE BLANCOS A LAS AFUERAS DE LOS ANGELES Y, EN HONOLULU, DESCUBRÍ LA VIDA FUERA DE ESA BURBUJA”

todo dió un giro hacia la contracultura. En California, en Australia y en la mayoría de sitios donde se practicaba el surf, se vivió esta nueva mentalidad. Con 15 años me uní al movimiento estudiantil en contra de la guerra, me adapté a la moda del *shortboard* y lo recuerdo como una buena edad para experimentar.

En aquella época usted también vivió en Hawái y en la escuela secundaria descubrió otra cara menos amable de los Estados Unidos. ¿Qué lección aprendió durante su estancia en Honolulu?

Fui a un colegio muy duro, donde todo se basaba en la diferencia racial. Había muchas bandas separadas por etnias y los blancos éramos minoría. Me metía constantemente en peleas y no sabía qué sucedía a mi alrededor. Crecí en un barrio de blancos a las afueras de Los Ángeles y, en Honolulu, descubrí la vida fuera de esa burbuja. Fue mi primera experiencia con las tensiones raciales porque era un sitio con muchos problemas económicos y yo me encontraba en medio de ese mundo. Sin embargo, lo más importante fue el surf. Nuestra casa estaba cerca de un *spot* llamado Cliffs y cada día surfeaba por la mañana y por la tarde. Me hice amigo de varios surfistas, sobre todo los hermanos Kaulukukui, que guardaban sus tablas en nuestro jardín. Me influyeron mucho y fueron mi conexión real con Hawái.

Por curiosidad, ¿cuándo surgió realmente su interés por la escritura?

Cuando era muy joven ya escribía, pero no me di cuenta hasta que empecé a trabajar en este libro. Hace unos diez años recibí un paquete con las cartas que le había mandado a mi amigo Domenic en California mientras yo vivía en Hawái. Había cientos de páginas que escribí por las noches hablando de surf, de chicas y de todo lo que sucedía en mi colegio. Su madre las guardó durante años en una caja y él me las envió pensando que me gustaría tenerlas. No podía imaginar que eso era como una mina de oro, porque todas las vivencias de aquella época aparecieron de repente. No era buen escritor, pero lo importante eran los detalles y los sentimientos. Después estudié literatura en

la universidad y tenía grandes ambiciones porque estaba influenciado por los *beats* y James Joyce. Más tarde empecé a escribir sobre viajes y leía mucho a Thomas Pynchon y Norman Mailer. Evolucioné hacia un estilo más transparente y menos denso.

A mediados de la década de los setenta viajó durante varios años por Asia y Australia con su tabla de surf bajo el brazo. ¿Era su manera de rebelarse contra las obligaciones de la vida adulta?

Por supuesto, aunque entonces no lo veía de esa manera y no habría estado de acuerdo con esa idea. Visto en perspectiva, huía de tener que decidir qué hacer con mi vida después de la universidad. Era el momento de apostar por ser escritor profesional, pero tenía miedo al rechazo y no quería dar el paso. También podía haber trabajado de profesor o ser académico. Fuera lo que fuera, no me apetecía en absoluto. Escapaba de las responsabilidades de ser adulto y logré esquivarlas durante años.

Desde su punto de vista, ¿cuáles fueron las mayores diferencias entre la “utopía” de los años sesenta y el “caos social” de los setenta en los Estados Unidos?

Fue un cambio que afectó a mucha gente en momentos diferentes. Por ejemplo, a principios de los años setenta yo todavía estaba hechizado por la contracultura y los alucinógenos. En aquella época vivía en Maui, trabajaba en una librería y empecé a odiar a los *hippies* porque eran muy malos clientes. No les interesaba ni la literatura ni la historia, y todavía menos la filosofía. Solamente querían aprender a cultivar hierba. Sin embargo, la gente me consideraba igual que ellos por culpa de mi apariencia. Pero las cosas estaban cambiando porque la guerra terminó, Nixon dejó de ser presidente, el movimiento por los derechos civiles dió un giro radical con los Panteras Negras, hubo la crisis del petróleo y Estados Unidos no se parecía al lugar en el que yo quería estar. Entonces decidí hacer ese viaje tan largo.

Aquel viaje terminó en Sudáfrica, donde trabajó como profesor de inglés en

un colegio segregado. ¿Esa experiencia le influyó en su decisión de escribir sobre política y conflictos sociales?

En cualquier viaje de surf debes parar en Sudáfrica, aunque ese trabajo temporal me cambió la vida, puesto que fue muy intenso. Admiraba a algunos de mis compañeros, a mis estudiantes y a estudiantes de otras escuelas porque eran activistas en contra del *apartheid*. Eran personas sorprendentes, inteligentes y comprometidas en medio de una fuerte presión social. Había mucha violencia, incluso mataron, hirieron y arrestaron a bastante gente de la comunidad en la que yo trabajaba. Eso me impresionó mucho y me di cuenta de que el poder, la política y la justicia eran temas muy relevantes. Fue entonces cuando perdí interés por la literatura de ficción y me propuse escribir sobre lo que sucedía realmente. Al principio no pude escribir sobre Sudáfrica porque lo tenía demasiado cercano, pero después me distancié un poco y pensé: “Sudáfrica es lo que me preocupa y es lo que conozco”. Y me lancé a escribir esos reportajes.

A mediados de los ochenta regresó a Nueva York y empezó a cubrir temas muy comprometidos, incluso viajando a zonas de guerra. ¿Encontró el equilibrio entre la libertad del surf y su responsabilidad como periodista?

Ahora mismo te diría que no, puesto que me he perdido tres marejadas impresionantes en Nueva York mientras estaba en Venezuela trabajando. Desde que se publicó *Años salvajes*, me ha resultado complicado encontrar el equilibrio porque he estado muy ocupado con la promoción. Aunque hace un año me invitaron a un festival literario en Bali y había olas de tres metros con muy poca gente. ¡No dudé en pedir prestada una tabla! En otros momentos sí que he encontrado el equilibrio, como en los viajes que hice a Madeira en los años noventa con mi esposa. Trabajaba si no había olas, y practicaba surf cuando entraba la marejada. Eso fue antes de que naciera mi hija, pero ahora me resulta complicado ir de viaje todo el invierno. Sin embargo, en Nueva York puedo parar de trabajar, practicar surf y escribir por las noches.

Este año Bob Dylan ha ganado el Premio Nobel de Literatura y usted el Premio Pulitzer a la mejor autobiografía. ¿Cree que el ‘rock’ y el surf han sido finalmente aceptados por la alta cultura?

No creo que mi premio esté relacionado con el suyo en este aspecto. La ceremonia de entrega del Pulitzer fue seis meses después de que se hiciera público y allí me presentaron a varios miembros del tribunal, entre los que había escritores famosos, periodistas y académicos. Ninguno tenía nada que ver con el surf, pero me dijeron que les había encantado conocer ese mundo. Mi esposa cree que me dieron el galardón por todo el trabajo que he hecho en *The New Yorker* a lo largo de los años, además de mi autobiografía. Me gustó notar tanto entusiasmo por su parte y ver que el surf no era algo controvertido. Supongo que disfrutaron leyendo el libro. **D**

